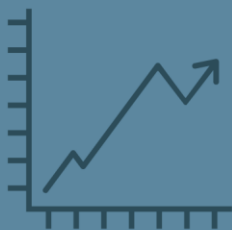




THE
MENTORING
PROJECT

INVERSIONES SABIAS: CÓMO INVERTIR Y HACER CRECER LA RIQUEZA A LA MANERA DE DIOS



AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS

**INVERSIONES
SABIAS: CÓMO
INVERTIR Y HACER
CRECER LA RIQUEZA
A LA MANERA
DE DIOS**



**AUTOR: DR. RICHARD PERHAI
EDITOR: DR. LARRY OATS**

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: LA SEMILLA Y LA Tensión.....	4
PARTE 1: TEología Bíblica del Dinero: Por qué Creamos Riqueza.....	8
PARTE 2: Los ídolos del Mercado.....	12
PARTE 3: Cómo Invertir Sabiamente: Principios Básicos de Sabiduría Financiera	17
PARTE 4: Cómo Administrar la Abundancia.....	21
PARTE 5: La Riqueza que Trasciende el Mundo.....	25
CONCLUSIÓN: Manos Abiertas.....	29



INTRODUCCIÓN: LA SEMILLA Y LA TENSION

Recuerdo que, hace años, estuve hablando con un hombre de mi iglesia en una antigua entrada de vehículos. Él había trabajado en la misma fábrica durante décadas, siempre con las mismas botas y la misma rutina. No era ostentoso ni temerario. Hacía todo lo que se nos enseña a hacer: esforzarse, ahorrar y ser previsor. Aun así, tenía miedo. Se notaba por cómo se paraba y miraba al suelo en vez de a los ojos. Cargaba con una ansiedad silenciosa que no encajaba con la estabilidad de su vida laboral. Por la noche, se le aceleraba el corazón porque le asustaba que un revés del mercado pudiera arrasar con años de disciplina. Tenía dificultades para superar las preocupaciones económicas por medio de la Biblia, pese a que obedecía los principios bíblicos sobre el esfuerzo.

Muchos conocen esa tensión. Puede surgir incluso cuando tu economía parece buena y, en ocasiones, es todavía mayor entonces. Nuestro mundo no para de decirnos que el dinero lo es todo, que determina nuestra seguridad o nuestra valía. A menudo nos preguntamos qué enseña la Biblia sobre el dinero cuando la presión del mundo contradice nuestra fe. Después, en la iglesia, escuchamos amonestaciones sobre el dinero que pueden sonar más a juicio que a ayuda.

En medio de todo esto, la gente se confunde. Se siente culpable cuando tiene dinero y aterrada cuando no. La mayoría de los cristianos que conozco no saben lidiar con esa presión ni cuánto es suficiente según la Biblia. Divididos entre la responsabilidad y la fidelidad, se preguntan si ambas pueden complementarse o si existe una diferencia patente entre ahorrar y acumular. Muchos buscan asesoramiento financiero cristiano

GUÍA DE CAMPO

para tener una visión más clara, con la esperanza de descubrir la libertad financiera a través de la mayordomía y, al tiempo, hallar paz en la incertidumbre económica.

Cuando todo cobró sentido

Yo he notado ese mismo nudo en el pecho. Lo digo sinceramente. Hubo una época en la que el presupuesto de la iglesia era muy limitado y mi auto empezó a hacer un ruido extraño. ¿Te suena? De esos que *sabes* que no puedes permitirte ir al mecánico a ver qué es. Recuerdo estar en el jardín mirando un paquetito de semillas y pensando en lo absurdamente pequeña que es cada una de ellas.

Es decir, podrías comértela en ese mismo momento, ¿verdad? Problema resuelto durante un instante. O podrías enterrarla, hacerla desaparecer bajo tierra y esperar. En ese momento todo cobró sentido para mí. El dinero es, básicamente, como esa semilla. No es un dios al que se supone que debes adorar ni un veneno al que debes tener miedo. Es, en fin, un instrumento, un recurso que se nos confía, algo que se puede utilizar inmediatamente o plantar con cuidado para más adelante. Cuando comenzamos a invertir con perspectiva eterna, todo cambia. Todo depende de lo que verdaderamente creas sobre el futuro y sobre la soberanía de Dios en la economía. Comprender estos principios financieros bíblicos nos sirve para descubrir que tan solo vamos a invertir en cosas que trasciendan el mundo, confiándole a Dios nuestros ahorros para la jubilación.

Mayordomía y propiedad

La iglesia se ocupa de este asunto desde hace mucho. No es un problema moderno. Incluso los reformadores, siglos atrás, hablaban abiertamente del «llamado» de comerciantes y artesanos. Creían que los negocios podían ser una forma efectiva de amar al prójimo, a condición de que se hicieran bien. Para ellos, el crecimiento de la riqueza no siempre era codicia. Podía generar nuevos empleos, satisfacer necesidades reales y servir de respaldo a la obra del evangelio. Era cuestión de administrar fielmente los recursos mientras se aguardaba el regreso del Maestro.

No obstante, también fueron muy claros en cuanto a los riesgos. Hay una gran diferencia entre verdadera mayordomía y simple acaparamiento.

INVERSIONES SABIAS

«Mayordomía» es una palabra fuerte. Significa que la legítima propiedad es de otro. Nosotros proclamamos que Dios es dueño «del ganado de miles de colinas» (Sal 50:10b). Suyo es el oro oculto en las profundidades de la tierra (Ag 2:8). Asimismo, lo admitamos o no, suyo es el dinero que hay ahora en nuestras cuentas bancarias.

El problema es que la mayoría no vivimos así. Vivimos como dueños, y los dueños siempre están ansiosos. Tienen que soportar la aplastante presión de los resultados; los mayordomos, no. Los mayordomos solamente son responsables de ser fieles, no de los frutos finales. Para ser sinceros, esa diferencia lo cambia todo a la hora de conciliar el sueño.

Esta guía aborda cómo recortar la distancia entre lo que afirmamos creer y la manera en que manejamos nuestra economía. No, no hay atajos. No voy a prometer nada que la Biblia nunca prometa. Las Escrituras no tienen paciencia con esos métodos de «enriquecimiento rápido» disfrazados de sabiduría espiritual. Lo que brindan, por el contrario, es entereza y paciencia: obediencia continuada y constante en un mundo aún bastante quebrantado.

Una nueva actitud

Hacer crecer la riqueza a la manera de Dios suele ser un proceso mucho más lento de lo que casi todos esperamos. Supone optar por la honradez incluso cuando sería más rentable no hacerlo y dar incluso cuando el ahorro se siente mucho más seguro. Hemos de aceptar que los mercados, como los campos, se ven afectados por la misma maldición de Génesis 3. Salen espinas y se pierden cosechas. Las cuentas de inversión pueden enfrentar problemas similares.

Esta guía no es un plan para hacerte rico. En realidad, su objetivo no es otro que ayudarte a recobrar el aliento y a dejar de cerrar tanto el puño. Te enseñará a manejar «tus» recursos abriendo la mano.

He conocido personalmente a individuos con más dinero del que jamás podrían gastar que vivían tremendamente inquietos y ansiosos. También he conocido a viudas sin casi nada que daban con generosidad y que, por

GUÍA DE CAMPO

alguna razón, dormían como troncos. La diferencia nunca fue la cantidad, sino la propiedad. Sabían exactamente de quién era el dinero.

A lo largo de este recorrido vamos a hablar de la «teología de la cosecha». Profundizaremos en aquellos ídolos a los que les gusta esconderse hasta en las carteras de inversión más respetables y, sí, seremos muy prácticos sobre cómo invertir sin acabar sintiéndote vacío por dentro.

No será agradable. Desde ya te digo que probablemente descubrirás que el miedo o la codicia han estado al mando en más ocasiones de las imaginables. No obstante, escucha: eso no es un fracaso, sino honradez. La auténtica fe rara vez es pulcra, ¿no es cierto? Sin embargo, hay gracia para esta tarea, y al otro lado te aguarda una honda paz verdadera. Empecemos por ahí.

1

TEOLOGÍA BÍBLICA DEL DINERO: POR QUÉ CREAMOS RIQUEZA

El propósito divino del crecimiento: por qué trabajamos e invertimos

Los seres humanos cultivamos y producimos simplemente porque fuimos creados para ello. Está en nuestro ADN. Todo ese instinto no salió de ninguna teoría moderna de los mercados ni de ningún libro de texto de economía. No, estuvo ahí desde el principio: Dios puso a Adán en un jardín y le ordenó trabajar, que lo cuidara, que *hiciera* algo con aquello que le había dado.

El crecimiento nunca fue «tabú» en la Biblia. En absoluto. Empezó a causar problemas y a complicarse cuando el miedo y el pecado comenzaron a pudrir el terreno. Ahí es donde la mayoría de nosotros —quizá tú también— nos quedamos atrapados hoy. No sabemos si cultivar es señal de fidelidad o un peligro evidente. ¿Es sabiduría, o acaso la descripción bíblica de codicia?

A raíz de esa confusión, la gente suele acabar adoptando una de dos posturas extremas: o busca el crecimiento sin ningún tipo de restricciones, o lo evita por completo e intenta llamarlo «fe». Ahora bien, la Biblia no opta por ninguno de estos extremos. Nos ofrece una manera mucho más significativa y, a decir verdad, realista de contemplar todo este asunto, enseñándonos a invertir por medio de la diversificación bíblica. En los versículos relativos al dinero, observamos que la respuesta a si es bíblico ahorrar para el futuro es un claro «sí», siempre que entendamos lo que dice la Biblia sobre ahorrar frente a crear riqueza intergeneracional. En los

GUÍA DE CAMPO

versículos acerca de la deuda, podemos ver cómo eludir las trampas que nos apartan de la obra a la que estamos llamados.

Mayordomía y propiedad: el significado del oro del Señor

La parábola de las monedas de oro, en Mateo 25, deja claro que nosotros no somos los dueños. Jesús nos lo muestra desde el principio. Un señor les da su dinero a sus siervos y se va. Los siervos no ponen las normas ni cuestionan el sistema: reciben lo que se les da, y se espera que hagan algo con ello. Esta historia no trata de la identidad ni del descubrimiento de la vocación personal, sino de mayordomía ante la autoridad.

El oro pertenece a otro. Los siervos son administradores, no productores, lo cual es una forma de ver la vida que invita a reflexionar. Todo cuanto tienes actualmente en tus manos —capital, habilidades, oportunidades, tiempo— le pertenece a Dios mucho antes de pertenecerte a ti. Tú no creaste el sistema en el que operas: fuiste puesto en él, y algún día habrá que arreglar cuentas.

Fíjate que Jesús no condena a los siervos que arriesgaron el dinero del señor. Los elogia. Condena a aquel que lo enterró. ¿Por qué? No porque lo perdiera, sino porque no quiso comprometerlo. Eligió «seguridad» antes que fidelidad. Protegió el recurso, pero no cumplió la tarea. Ese detalle importa. El siervo no fue imprudente: fue cauto. Sin embargo, la cautela, cuando niega la responsabilidad, no recibe elogio. Esta parábola disipa la fantasía de la neutralidad como opción. No hacer nada es una decisión. No buscar el crecimiento es una forma de desobediencia cuando el crecimiento es justo lo que se espera. A Dios no le impresiona la mera preservación cuando Él ha pedido fruto. Eso no implica crecer a cualquier precio, sino fidelidad con lo que te ha sido dado, plenamente consciente de que nunca se te otorgó para que lo escondieras en la tierra.

Dificultades económicas: cómo afrontar las consecuencias de la caída

Si el crecimiento fuera verdaderamente sencillo, no necesitaríamos fe, ¿verdad? Génesis 3 nos enseña por qué las cosas no funcionan como deberían. El suelo está maldito. Crecen espinas. El trabajo acarrea sudor y mucha incertidumbre. El riesgo ya forma parte de la vida, y eso es importante cuando hablamos de inversiones, mercados y dinero.

INVERSIONES SABIAS

Las Escrituras no nos prometen estabilidad: prometen realidad. Los mercados se hunden porque el mundo está quebrantado; las empresas fracasan porque, francamente, la gente está quebrantada; y las carteras de inversiones sufren pérdidas porque, en esta época, nada está a salvo de la ruina. Eso no significa —ni por un segundo— que planificar sea de necios, pero sí que la planificación ha de ser humilde. El riesgo no es un invento moderno: es consecuencia directa de la caída. Las Escrituras nunca nos instan a tratar de eliminarlo, sino a reconocerlo.

Yo mismo he estado con personas que creían sinceramente que los fieles cristianos siempre debían «ganar» en lo económico. Cuando acabaron llegando las pérdidas, no solo perdieron dinero: perdieron el norte por completo. En su teología, sencillamente, no había lugar para las espinas. La Biblia, no obstante, no comete ese error en ningún momento. Eclesiastés 11:2b te sugiere que repartas —que diversifiques— tus inversiones porque «no sabes qué calamidad puede venir después». Proverbios 12:24 elogia al diligente, por supuesto, pero no ofrece ninguna garantía.

Jesús asume la incertidumbre como telón de fondo de casi todas sus parábolas sobre el dinero. La fe no consiste en fingir que el suelo es más seguro de lo que lo es, sino en trabajarlo de todos modos, sabiendo que Dios sigue siendo soberano sobre la cosecha. El riesgo no significa que Dios esté ausente: significa que todavía vivimos al este del Edén.

El auténtico objetivo del crecimiento y la multiplicación del reino

Aquí es donde las motivaciones empiezan a importar de veras. Seamos honestos: invertir no es acaparar. Las Escrituras jamás bendicen la acumulación para tener más. El crecimiento es, propiamente, una cuestión de capacidad: de la capacidad de ser mayordomo fiel de lo que se te ha confiado. Cuando tienes más recursos, también tienes más responsabilidad. No es un asunto de comodidad, sino de poder llegar a más. Ello implica que puedes afrontar los reveses sin que tu mundo se desmorone. Te da la libertad de dar con generosidad sin alarmarte. Esa holgura te permite reaccionar cuando surge una necesidad real.

Aquellos siervos que duplicaron el dinero del señor no fueron elogiados por enriquecerlo ni por hacer crecer su importe. Fueron elogiados por ser

GUÍA DE CAMPO

personas a quienes se les podía confiar más. Su capacidad había crecido. Esa es la verdadera lógica bíblica de las inversiones. El crecimiento en sí no es el objetivo: es un medio para servir a un propósito mayor.

Entonces, ¿qué dice en concreto la Biblia cuando se deja de lado todo lo demás? Dice: sé fiel, permanece en la sabiduría, conserva un corazón humilde y, por Dios, recuerda de quién es el dinero en primer término. Las Escrituras nunca te ordenan que busques el «máximo rendimiento posible» a toda costa. Te exhortan a ser mayordomo de lo que tienes, con sabiduría y gran valentía. No te prometen seguridad, eso nunca, pero sí rendición de cuentas. Nunca afirman que «fe» equivalga a ser pasivo o a no hacer nada. Todo lo contrario. Hay un motivo muy específico por el que la Biblia elogia a quienes planifican y se preparan, al tiempo que amonesta a aquellos que se ponen a adorar sus cuentas bancarias. Lo uno es obediencia; lo otro, una crisis de identidad.

Cuando la riqueza comienza a crecer, los interrogantes se vuelven mucho más incisivos, ¿no es cierto? Empiezas a preguntarte: «¿Esto me hace más generoso o más precavido?». ¿Estás más disponible para la gente o te pone más nervioso la probabilidad de perder lo que tienes? ¿Estás más dispuesto a correr riesgos por el reino o te obsesionas con preservar eso que crees que *tú* construiste?

Mira, el crecimiento solamente muestra a todo el mundo lo que ya estaba presente en tu corazón. El objetivo de la cosecha nunca es el granero, sino la mesa. La clave es la posibilidad de alimentar a la gente, de invertir recursos en un buen trabajo y de superar las épocas de escasez sin dejarse paralizar por el miedo. Es cuestión de tener la capacidad de permanecer fiel en un mundo donde no paran de surgir necesidades. Dios hace crecer las cosas con la intención de que sean aprovechadas y confía ese crecimiento a personas que espera que lo aprovechen, no a quienes espera que lo escondan en la tierra. Esa es la verdadera teología de la cosecha.

2

LOS ÍDOLOS DEL MERCADO

Un examen del corazón sobre nuestros activos

El dinero se cuela furtivamente donde no debe: además de en tu billetera, en tu corazón, en tu imaginación y hasta en tus sueños. No entra a lo grande. Por el contrario, se instala con discreción y se pone a susurrarte promesas sutiles.

La mayoría no despierta una mañana y decide que va a comenzar a adorar el mercado. Es una deriva lenta y silenciosa. Empiezas prestando más atención de la necesaria. Luego, de repente, estás revisando las cifras en tu pantalla con mucha más frecuencia de la que dedicas a orar. Sientes «paz» únicamente cuando suben, y tu cuerpo sufre tensión y ansiedad en cuanto bajan. Este es el peligro de perder de vista lo que nos advierten los versículos bíblicos relativos al dinero.

En algún momento, el dinero deja de ser un instrumento útil y comienza a hacer las veces de un dios al que sirves. Justo por eso, las Escrituras hacen reiteradas alusiones al dinero; no porque sea intrínsecamente malo, sino porque es muy persuasivo. De hecho, engañosamente persuasivo, pues, en última instancia, no es capaz de satisfacer. Es un dios terrible porque no puede ayudarte cuando más lo precisas. Necesitas, en cambio, riquezas celestiales. El remedio, como subraya John Piper, no es el ascetismo, sino la reorientación. Uno se libera del control del dinero gozando más de la presencia de Dios que de la suya. Cuando verdaderamente comprendemos lo que enseña la Biblia sobre el dinero, hallamos fortaleza para dejar atrás los ídolos que hemos creado.

Psicología de la riqueza: cómo atravesar el abismo de lo «suficiente»

Existe una brecha que nunca parece acortarse, sin importar cuánto dinero ingreses ni que hayas planificado cada detalle a la perfección. Da igual lo «responsable» que creas ser. Siempre hay otra cifra que parece un poco más segura que la que ya tienes. A la gente le encanta usar la palabra «suficiente», pero, siendo francos, rara vez sabe qué quiere decir con ella. En concreto, ¿suficiente para qué? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Para qué escenario futuro?

El verdadero problema no es que la gente quiera ser sabia o estar preparada. El problema es que el miedo es un pozo sin fondo. Puedes alimentarlo durante veinte años, y mañana todavía despertará hambriento pidiendo más.

He sido testigo de cómo algunos alcanzaban objetivos que antes solo soñaban y, después, no sentían más que ansiedad. El alivio no dura. El miedo se desplaza y comienza a plantear otra clase de preguntas: «¿Y si el mercado cambia?»; «¿Y si la inflación se lo come todo?»; «¿Y si me pasa algo?»; «¿Y si esto, al final, no es suficiente?». Justo ahí está el abismo, y no se puede rellenar con cifras.

Las Escrituras entienden esto mucho mejor de lo que normalmente nos gusta admitir. Jesús habló de personas que acumularon tesoros y, aun así, perdieron su alma; no por imprudencia ni por descuido: simplemente, porque nunca podían parar. Siempre había otro granero que construir u otro «colchón» que añadir a lo acumulado. El mercado no puede decirte cuándo toca descansar. No sabe cómo hacerlo. Continuamente te ofrecerá un motivo más para quedarte despierto por la noche. Si tu paz depende de llegar por fin a determinada cifra, te advierto que siempre estará fuera de tu alcance, pues el dinero nunca es capaz de satisfacer. Seduce, pero jamás satisface. Cuando logras esa cifra mágica «suficiente», esta cambia, y así una y otra vez. Ante la pregunta «¿Cuánto se necesita para estar satisfecho?», hasta los más ricos han respondido: «Solamente un dólar más».

INVERSIONES SABIAS

Fe e independencia económica: una refutación del mito de la autosuficiencia

La riqueza no suele hacer a la gente visiblemente llamativa o arrogante. Es mucho más astuta que todo eso. La hace independiente de forma discreta. Esta es la gran amonestación expuesta en Deuteronomio 8. Dios le anunció a Israel con antelación qué sucedería exactamente una vez que las cosas empezaran a ir bien: estómagos saciados, casas seguras y tierra productiva. Todo perfecto. ¿Y luego? El peligro.

La citada amonestación señala: «No se te ocurra pensar: “Esta riqueza es fruto de mi poder y de la fuerza de mis manos”» (Dt 8:17). Observa dónde reside ese pensamiento: no en un importante discurso público, sino ahí, en el corazón. La autosuficiencia rara vez parece insolente, ¿verdad? Parece razonable, responsable y calmada. Dejas de orar como antes porque, total, tus necesidades están cubiertas. Dejas de pedirle a Dios el «pan de cada día» porque tienes mucho guardado. Sigues creyendo en Él, claro, pero ya no te *sientes* dependiente de Él.

Esa es la transformación que las Escrituras tratan de advertirnos. Seamos realistas: la dependencia resulta incómoda. Siempre lo ha sido. Precisamente por eso el dinero es tan tentador. Nos brinda una vía para sentirnos seguros sin tener que pedir ayuda a nadie, Dios incluido.

He conocido personalmente a individuos que ni siquiera se dieron cuenta del alcance de todo esto hasta que, al final, algo hizo tambalear su sensación de control: quizá una caída del mercado, un susto de salud o una pérdida repentina. Lo que afloró en aquellos momentos no fue únicamente miedo puro, sino sorpresa absoluta. Poco a poco, casi por casualidad, habían comenzado a vivir como si Dios fuera opcional.

Deuteronomio 8 no condena la riqueza, sino el olvido: olvidar quién te trajo hasta aquí en primer lugar, olvidar quién te sostuvo cuando no tenías nada en absoluto y olvidar que todo lo bueno se recibe antes de poder administrarlo. La riqueza no excluye la dependencia: la enmascara; y cuando esa máscara es lo bastante convincente, el corazón empieza a confiar más en aquello que ve que en Dios, al que no ve. Por tanto, mucho cuidado: «¿Qué tienes que no hayas recibido?» (1 Co 4:7).

Cómo prevenir la ruina económica: amonestación bíblica contra la riqueza rápida

Si la autosuficiencia es el ídolo silencioso de fondo, la prisa es aquel que demanda tu atención. La Biblia nos advierte el peligro de apurarnos para enriquecernos; no porque la prisa siempre sea mala, sino porque suele revelar lo que nos está pasando por dentro. Cuando alguien está desesperado por hacerse rico *ya*, generalmente es porque quiere huir de algo, como puede ser el miedo, la vergüenza, las comparaciones o la sensación de estar quedándose atrás. Proverbios lo deja en claro. No elogia la riqueza rápida, sino que dice que esa riqueza se desvanece y trae problemas. La prisa no siempre es mera velocidad. También puede consistir en medios ilegales. Los métodos de enriquecimiento rápido son tentadores porque prometen alivio sin crecimiento real. Ofrecen resultados sin un proceso y control sin paciencia: una combinación arriesgada no ya para tu cuenta bancaria, sino también para tu alma.

Cada generación tiene los mismos interrogantes: «¿Es diferente esta vez? ¿Es este el atajo que estábamos esperando?». La respuesta, casi invariablemente, es no. También oigo a algunos preguntarse si las inversiones en bolsa son meras «apuestas cristianas». La Biblia no emplea los términos financieros actuales, pero sí nos da unos principios básicos. El juego es cuestión de azar y de evitar la responsabilidad esperando que la suerte te salve. Invertir, cuando se hace bien, supone participar en una actividad real, con un valor y un crecimiento reales a lo largo del tiempo. No obstante, la verdad es esta: un mismo acto puede ser fiel o no en función de tus motivaciones. Si inviertes por codicia, impaciencia o necesidad de control, el ídolo continúa ahí sea cual sea tu cartera de inversiones. Sin embargo, es muy distinto si inviertes con sabiduría, paciencia y verdaderos deseos de aprovechar bien tus recursos.

La cuestión es que las Escrituras nunca se limitan a fijarse en *aquello* que estás haciendo. Ni por asomo. Están obsesionadas, y mucho, con tu motivación subyacente. La prisa, para ser honestos, la mayoría de las veces no es más que un corazón total y completamente exhausto de tratar de esperar en Dios, una afanosa necesidad de alivio ahora mismo, de seguridad y estatus ahora. Cuando esos «codiciosos» deseos toman las riendas, básicamente reemplazan el auténtico discernimiento. En honor a

INVERSIONES SABIAS

la verdad, el mercado funciona bastante bien en algunos aspectos: mueve capitales, premia la productividad y refleja lo que ocurre en el mundo real. No obstante, también es, y no me canso de decirlo, absolutamente incapaz del exigente esfuerzo espiritual que intentamos imponerle. El mercado no puede darte paz, no te dará identidad y nunca te avisará cuándo tienes por fin «suficiente», más que nada porque ni siquiera sabe qué significa ese vocablo. Por supuesto, no puede soportar la carga de tu futuro. Cuando tratamos de que haga todo eso, deja de ser un medio para pasar a ser un pequeño dios miserable, un ídolo.

Ese es el motivo exacto por el que la Biblia nos sigue devolviendo reiteradamente a las mismas actitudes: gratitud, dependencia, paciencia y generosidad. No creo que debamos considerarlas méritos morales que tengamos que conseguir; en realidad, son garantía de que mantendrás la cordura. Siendo realistas, el dinero constituye un dios que es pura basura. Es exigente, es totalmente impredecible y no le importa lo más mínimo tu alma. Dios, en cambio, no se ve amenazado por ningún hundimiento del mercado. No se alarma cuando en pantalla aparecen números rojos. No necesita que «soluciones tu vida» ni que asegures tu cuenta bancaria para poder confiar en Él. Hagamos un «examen del corazón» a tus activos. No es cuestión de miedo, sino de ser honesto, muy honesto, contigo mismo antes de que el mercado te obligue a serlo.

Tienes que hacerte ciertas preguntas demoledoras: «¿En qué me estoy apoyando realmente ahora mismo? ¿Qué me aterra perder?». En serio, ¿qué pasaría si Dios te quitara una de esas cosas? ¿Tu relación con Él se vendría abajo, o por fin se revelaría como algo real? Mira, estas no son unas preguntas definitivas; son recurrentes en todo tiempo, pues los ídolos no mueren del todo, sino que se ocultan en rincones tranquilos y esperan a que te estreses. El objetivo no es huir del mercado, sino moverte por él con lucidez, invertir sin erigir un altar a las cifras y crecer sin apretar los nudillos pendiente de los resultados. Se trata de manejarlo todo con las manos abiertas, no con el puño cerrado. Eso no nos sale de forma natural a ninguno. Hay que aprenderlo poco a poco, con frecuencia a través de «duras lecciones» muy dolorosas. Sin embargo, ya te digo que vale la pena el esfuerzo, porque el mercado intentará arrancarte el corazón si le dejas, y las Escrituras son bastante claras en una cosa: Dios el es único que lo merece.

3

CÓMO INVERTIR SABIAMENTE: PRINCIPIOS BÍBLICOS DE SABIDURÍA FINANCIERA

Principios prácticos

La sabiduría parece más callada que la ambición. No tiene prisa, no se jacta y casi nunca se anuncia. La mayoría de las veces parece aburrida desde fuera, y ese, en parte, es el problema. La gente no suele desoir la sabiduría porque la odie, sino porque se percibe lenta. Las Escrituras nunca la consideran opcional, sobre todo si hay dinero de por medio; no porque el dinero sea especial, sino porque enseguida saca la impaciencia a la luz.

Lo que haces con tus recursos tiende a revelar tus creencias sobre el tiempo, el control y Dios. Por ello, el asesoramiento financiero cristiano suele centrarse más en el corazón que en la hoja de cálculo. Proverbios no transmite fórmulas, sino una actitud. Te enseña a mantenerte en pie en un mundo donde los resultados son inciertos y la tentación escandalosa. Siguiendo los principios bíblicos sobre finanzas, aprendemos que la auténtica seguridad no se encuentra en el acaparamiento, sino en el carácter del Proveedor. Esta perspectiva nos permite concentrarnos en invertir en cosas que trascienden el mundo, en vez de perseguir las llamativas ganancias rápidas de la ambición. Comprender lo que dice la Biblia acerca del ahorro a través del prisma de la sabiduría nos ayuda a pasar del miedo a una fidelidad constante y tranquila.

INVERSIONES SABIAS

Diversificación y diligencia

«Comparte lo que tienes entre siete, y aun entre ocho». Esa frase de Eclesiastés 11 ha sido citada durante siglos porque encaja con la vida real. No sabes qué calamidad puede venir. Como tampoco sabes qué esfuerzo fracasará y cuál funcionará; no lo apuestas todo a una sola carta y lo llamas fe. Diversificación no es cobardía, sino sabiduría. La Biblia nunca elogia la imprudencia ni tampoco la parálisis. La diversificación se sitúa en el punto medio. Dice: «Trabajaré, pero no fingiré que puedo ver el futuro». Reconoce los límites sin renunciar a la responsabilidad.

Poner todos los huevos en la misma cesta es tentador porque parece determinante, se siente seguro y genera ilusión de control. Sin embargo, las Escrituras no hacen más que recordarnos que no controlamos los resultados, sino solamente la obediencia. Diligencia significa estar ahí, planificar, pensar, repartir el riesgo en lugar de negarlo. La diversificación no es miedo disfrazado de estrategia: es humildad practicada en el tiempo. He visto a algunas personas convertir la concentración en algo espiritual: «Realmente creo en esto en particular». En ocasiones, eso es convicción; otras veces, terquedad adornada con un versículo bíblico. La sabiduría hace preguntas más complejas: si esto fracasa, ¿quién paga por ello? ¿Puedo asumir las pérdidas sin amargarme ni desesperarme? El Eclesiastés da por sentada la incertidumbre. No se disculpa por ella ni promete protección contra ella: te enseña a vivir con cordura inmerso en ella. Eso es sabiduría.

Inversiones a largo plazo: la sabiduría de la paciencia y la visión

En materia de cifras, la paciencia no se siente espiritual, sino infructuosa, como si te fueras a quedar atrás. Parece que los demás avanzan más deprisa. Las Escrituras no redefinen la paciencia para hacerla más emocionante; la dejan tal como es. Paciencia es esperar sin perder el norte, permanecer firme cuando no está ocurriendo nada espectacular. El fruto del Espíritu afecta mucho más que nuestras relaciones; afecta tu gestión del tiempo, y el dinero enseguida pone eso a prueba.

La mayor parte de las malas decisiones no se toman porque a la gente le falte información, sino porque no sabe esperar. Quiere alivio, certeza y progresos visibles ya. Proverbios habla a menudo, y no de forma amable,

de la prisa. La prisa toma atajos, ignora las advertencias, cambia el mañana por hoy y lo denomina oportunidad. La visión a largo plazo no implica no hacer nada, sino entender que el crecimiento lleva tiempo y que, con frecuencia, forzarlo estropea cosas sin querer. Implica aceptar que el aburrimiento, a veces, es un componente de la fidelidad. He sido testigo de cómo se calificaba de necias a personas pacientes, hasta que su firmeza dio fruto. También he conocido a personas impacientes que durante un tiempo destacaron y luego, cuando las cosas se derrumbaron, desaparecieron en silencio. La visión a largo plazo comprende que Dios no tiene prisa, que su tiempo no es acuciante. Esa espera, cuando es confiada, no significa tiempo perdido.

Ética bíblica para invertir

Aquí llega lo incómodo, pues la sabiduría no acaba en los rendimientos; pregunta de dónde provienen. Las Escrituras nunca separan dinero de moralidad. Esa es una costumbre moderna. La Biblia da por sentado que el beneficio nunca es neutro. Siempre viene de algún lado: del trabajo de alguien, de las pérdidas de alguien, de la necesidad de alguien, de la debilidad de alguien. ¿No deberíamos preocuparnos por estos asuntos?

Conocí a un misionero cristiano que prestaba dinero a gente que invertía en el mercado de valores. Su propio dinero estaba asegurado por documentos legales y por la garantía del prestatario. No obstante, era imposible convencerlo de que sus prácticas de inversión eran de una moralidad cuestionable.

Todo esto plantea una pregunta ingrata: ¿de qué me estoy beneficiando? Elegir inversiones guiadas por la fe no consiste en buscar una que lleve la etiqueta de «cristiana» y dar por hecho que es limpia. Se trata de estar atentos, de negarnos a sacar provecho de cosas que es obvio que afligen a Dios, aunque funcionen bien. Esto no significa que todas las decisiones sean sencillas. Vivimos en una economía enmarañada. Los límites no son siempre claros, pero la dificultad no es excusa para la apatía.

Las Escrituras llaman constantemente al pueblo de Dios a preocuparse por cómo se genera la riqueza, no solo por cómo se utiliza después. No puedes bendecir a Dios con ganancias que te exigieron prescindir de tu conciencia en todo momento y calificarlo de fidelidad. He oído a algunos prometer:

INVERSIONES SABIAS

«Usaré el dinero para hacer el bien». A veces es cierto. Otras veces es una forma de silenciar preguntas que no quieren abordar. De todos modos, la sabiduría te frena lo bastante como para planteártelas. ¿Qué estoy apoyando? ¿Quién está siendo perjudicado? ¿Seguiría sintiéndome en paz si conociera toda la historia? ¿Estoy excusando algo porque es rentable? La inversión guiada por la fe no tiene que ver con la perfección moral, sino con la integridad, con negarte a separar tu fe de tu economía como si a Dios únicamente le importara un aspecto de tu vida.

El léxico de la sabiduría no es llamativo: diversificación, paciencia, ética. Ninguno de esos términos llena titulares. No prometen resultados rápidos. No alimentan el ego. Sin embargo, te mantienen con los pies en la tierra. Te ayudan a tomar decisiones que no te pesen más adelante, que no requieren justificación constante y que a la larga no te dejan vacío. La sabiduría acepta las limitaciones. Respeta el tiempo. Se preocupa por la gente. Entiende que, a menudo, la fidelidad parece pequeña en el momento y, después, sustancial en retrospectiva.

Proverbios nunca promete que la sabiduría te hará rico. Promete evitar que te arruines. La sabiduría es un don cuya necesidad muchos no descubren hasta que es demasiado tarde. El dinero siempre ofrece atajos. El mercado, con frecuencia, premia la rapidez. Sin embargo, la sabiduría sigue planteando una pregunta diferente: no ya «¿Funcionará esto?», sino «¿En quién me convertiré si continúo haciéndolo?». Esa pregunta no se responde con ninguna cifra, pero es aquella que las Escrituras no paran de ponernos delante y merece ser contestada con detenimiento.

4

CÓMO

ADMINISTRAR

LA ABUNDANCIA

Guía para la mayordomía de la riqueza y de la gestión de recursos

Llega un momento en que los recursos comienzan a crecer; no un poquito, sino lo suficiente como para que te percales y como para que las decisiones empiecen a tener mayor peso. Hay más dinero en movimiento, más opciones y más voces que te dicen lo que debes hacer a continuación. Generalmente, es entonces cuando la gente se siente incómoda; no porque el aumento de los recursos sea malo, sino porque saca cosas a la luz: aquello en lo que confías y aquello que temes.

Saca a la luz si te consideras mayordomo o un dueño que por fin tiene margen de maniobra. Administrar la abundancia no es cuestión de inteligencia. Se trata de mantener los pies en la tierra cuando hay más en juego. Aquí es precisamente cuando debemos preguntarnos qué señala la Biblia sobre el ahorro, para que no caigamos sin querer en una mentalidad de autosuficiencia. Cuando suben las cifras, también suele crecer la tentación hacia lo que dice la Biblia de la codicia.

La auténtica mayordomía supone reconocer que el aumento de los recursos es un medio para invertir con perspectiva eterna. No es un asunto de mera comodidad, sino de libertad financiera por medio de la mayordomía, que nos permite bendecir a otros y generar riqueza para las próximas generaciones según la Biblia sin perder nuestra alma entre medias. A fin de mantener los pies en la tierra, has de confiarle a Dios tus ahorros para la jubilación y demás activos, recordando que la soberanía de Dios sobre la economía es lo único estable cuando hay tanto en juego.

INVERSIONES SABIAS

Cómo dar primero: el poder de las primicias en las finanzas

Las Escrituras hablan de dar en primer lugar no porque Dios necesite dinero, que no es el caso, ni porque la generosidad sea una técnica para posteriormente recibir más, que tampoco. Dar es lo primero porque cuenta la verdad antes de que inviertas, planifiques o cultives. Da respuesta a una sencilla pregunta: ¿de quién es esto? Se ofrendan las primicias, no las sobras. Se trata de priorizar, de reconocer, de manera muy práctica, que lo que está en tus manos ni empezó contigo ni acaba en ti. Das primero porque ese es el orden correcto.

Si no puedes dar, no deberías invertir; no porque invertir sea pecado, sino porque sin generosidad endurece el corazón. Te acostumbra a aumentar tu capacidad sin soltar el control. Esa combinación casi nunca termina bien, ya que los mayordomos siempre deben rendir cuentas al Dueño. He conocido a personas que se han convertido en expertas en hacer crecer su riqueza y, al mismo tiempo, cada vez confiaban menos en Dios. Dar, cuando se hace con honestidad, corta esa deriva. Te obliga a soltar el control antes de que las cifras se hagan más grandes y las excusas más resistentes. Dar no te hace irresponsable, sino honesto. Pregona: «Este aumento no me salvó y no lo hará, porque no puede». Cuando dar es lo primero, la inversión se mantiene en su sitio. Sigue siendo un instrumento; no un salvador ni una fuente de identidad, sino una vía para ser mayordomo de lo que Dios ya te ha confiado.

El endeudamiento

Aquí se pone seria la cosa. La deuda no es abstracta: es una relación. Impone obligaciones a futuro antes de que este llegue, limita opciones, reduce el margen de maniobra y, con el tiempo, moldea silenciosamente las decisiones de un modo que la gente no siempre advierte. Las Escrituras no se toman la deuda a la ligera; no porque pedir prestado sea siempre pecado, sino porque la esclavitud es siempre peligrosa. «[...] los deudores son esclavos de sus acreedores (Pr 22:7b)» no es poesía: es una observación. La deuda limita la libertad, y la libertad es importante para servir a Dios sin pedir constantemente una exención de tus obligaciones.

He estado con personas que querían dar, ayudar, responder a necesidades, pero no podían; no porque fueran tacañas, sino porque

estaban enterradas en deudas. Los pagos prevalecían sobre las convicciones. El endeudamiento ya había determinado qué era posible. Pocas veces se libra uno de las deudas de forma repentina. Es un proceso lento y humillante que requiere decir no a cosas que en teoría podrías permitirte. También requiere paciencia, en una cultura que premia la velocidad, y admitir que parte de ese crecimiento fue fruto de la presión y no del margen de maniobra. Aunque la deuda promete un avance más rápido, lo que suele provocar es ansiedad. Eso no significa que todo endeudamiento sea malo, pero sí que deberías preguntarte cuánto te está costando la deuda más allá de los intereses: ¿pérdida de horas de sueño? ¿Una generosidad cada vez menor? ¿Decisiones limitadas que preferirías no tomar? La mayordomía plantea esas preguntas antes de que suban las cifras. La libertad genera un margen: margen para dar, para cambiar, para responder cuando Dios te empuja a lo inesperado. La deuda, cuando se acumula, se lleva ese margen.

Fondo de emergencia y gestión del riesgo: cómo planificar para los malos tiempos

Las Escrituras no se oponen al ahorro, sino a que confiemos en él como deberíamos confiar en Dios. Hay una diferencia. Planificar para los malos tiempos no es pesimismo: es realismo. Las cosas se rompen. El trabajo cambia. La salud flaquea. Las emergencias no piden permiso. La Biblia nunca califica la preparación de falta de fe. José almacenaba grano. Proverbios elogia la hormiga. Jesús da por sentado que la gente calcula el costo antes de construir. Un fondo de emergencia no es una declaración de que Dios no proveerá, sino una forma de admitir que la provisión suele provenir de la sabiduría ejercida de antemano. El problema surge cuando el ahorro aísla, cuando las reservas dejan de servir de amortiguador y comienzan a transformarse en un muro entre tú y la dependencia de Dios.

¿Cuánto es suficiente para el fondo de emergencia? Algunos asesores financieros recomiendan tres meses de gastos; otros, seis. Quizá el importe correcto sea más difícil de cuantificar, pero estos consejos pueden ayudar.

Un fondo de emergencia cristiano debería servir para dos cosas simultáneas: proporcionar estabilidad cuando las cosas van mal y, aun así,

INVERSIONES SABIAS

enternecerte el corazón. Eso implica ahorrar sin miedo, planificar sin obsesionarte y prepararte sin fingir que has contemplado todos los resultados posibles. El ahorro está para servirte, no para acallar la oración. Sé de personas que ahorraban con fidelidad y reaccionaban a las emergencias con calma, con generosidad y sin miedo. También sé de otras que ahorraban obsesivamente y, pese a ello, vivían con ansiedad y en alerta. La diferencia no era la cuantía del fondo, sino dónde depositaban su confianza. Es prudente planificar para los malos tiempos. Creer que los has dejado atrás, no.

Administrar la abundancia no consiste en dominar un sistema; se trata de guardar una actitud. A medida que crecen los recursos, también lo hacen las tentaciones: la de depender de ti mismo, la de reforzar el control y la de medir la seguridad en cifras, no en función de la fidelidad. Nada de eso sucede de repente, sino poco a poco. Por eso las Escrituras no dejan de llamar a la gente a retomar prácticas sencillas: dar primero, evitar la esclavitud, planificar con honestidad, continuar confiando en Dios. No son estrategias avanzadas: son garantías y son la vida misma.

La abundancia no te convierte automáticamente en mejor mayordomo. Tan solo te da más oportunidades de serlo... o no. El objetivo no es crecer más rápido, sino crecer sin perder el norte, gestionar más dinero sin adorarlo más, permanecer receptivo a Dios cuando la vida y las decisiones se complican. Administrar bien el aumento de los recursos no llena titulares, pero genera algo mucho más valioso: libertad. Libertad para dar sin miedo, para servir sin dudar y para confiar en Dios cuando las cifras varían. Ese es el trabajo práctico de un mayordomo, tanto más importante cuanto más dura la cosecha.

5

LA RIQUEZA QUE TRASCIENDE EL MUNDO

Cómo invertir en la eternidad

La gente habla de la riqueza como si fuera estable, duradera y algo en lo que por fin puedes apoyarte en firme una vez que ya tienes la suficiente. Sin embargo, las Escrituras truncan una y otra vez esa idea; no con furia, sino con sinceridad. Aquí todo se deteriora: la polilla y el óxido destruyen, los sistemas cambian, las divisas oscilan, las cuentas suben y bajan. Ni siquiera las cosas que ahora se sienten estables se quedarán así para siempre. La Biblia nunca nos pide que finjamos lo contrario, sino que decidamos en qué vamos a invertir realmente.

La eternidad no es una huida de este mundo: es el prisma desde el que las Escrituras nos dicen la verdad al respecto. Cuando invertimos en cosas que trascienden el mundo, reconocemos que la única seguridad verdadera se encuentra más allá de lo material. Este nuevo enfoque es clave para invertir con perspectiva eterna. Cambia la forma en que contemplamos el dinero, alejándonos del miedo a la pérdida y acercándonos al gozo de la libertad financiera por medio de la mayordomía. En lugar de aferrarnos a lo temporal, hallamos paz en la incertidumbre económica porque sabemos quién tiene el futuro en sus manos.

Al priorizar los principios financieros bíblicos, dejamos de ampararnos en las arenas movedizas del mercado y empezamos a construir algo mucho más sustancial. En última instancia, se trata de confiarle a Dios tus ahorros

INVERSIONES SABIAS

para la jubilación y para el día a día, descansando en la realidad de su soberanía sobre la economía.

La bolsa que no se desgasta

Jesús dice algo extraño en Lucas 12. Manda a sus seguidores vender sus posesiones y dárselas a los necesitados. Luego explica por qué: «Provéanse de bolsas que no se desgasten; acumulen un tesoro inagotable en el cielo» (12:33). Ese versículo tiende a poner nerviosos a muchos. Suena imprudente, irresponsable, como si Jesús estuviera pidiendo a la gente que se aparte de toda provisión. No obstante, si lees con atención, eso no es lo que está haciendo. Jesús no está condenando la provisión: está plantando cara a la falsa seguridad. El problema no es tener posesiones, sino poner tu confianza en ellas, creer que pueden protegerte de la pérdida, del miedo, del futuro. Jesús intenta que sueltes el control sobre todo eso.

Vender y dar no son mandatos pensados para vaciar las cuentas de todo el mundo: son prácticas destinadas a revelar dónde habita verdaderamente la confianza, dónde habita tu tesoro. Cuando das con generosidad, sobre todo si te cuesta, estás proclamando en voz alta con tu vida: «Mi futuro no se reduce a mis posesiones». Esa es la bolsa que no se desgasta. No es una cuenta que puedas supervisar, sino una actitud vital: manos abiertas, renuncia al control y voluntad de desprenderse de lo que podrías conservar; no porque tengas toda tu vida planeada, sino porque Dios está de tu lado. Es su «buena voluntad» darte el reino (Lc 12:32).

Esto no implica descuidar a tu familia. Las Escrituras jamás elogian la irresponsabilidad. La fidelidad, en parte, consiste en proveer. No obstante, Jesús tiene claro el orden. Provisión no es lo mismo que preservación. Puedes proveer con sabiduría sin levantar una fortaleza a tu alrededor. La bolsa que no se desgasta crece cada vez que optas por la generosidad en lugar del acaparamiento, cada vez que satisfaces una necesidad real en lugar de alimentar el miedo y cada vez que actúas como si Dios siguiera siendo quien te sostiene.

La recompensa a la fidelidad

El mundo mide el éxito por resultados: cifras mayores, crecimiento más rápido, reconocimiento público. Las Escrituras lo miden de otra forma. «¡Hiciste bien, siervo bueno y fiel!» (Mt 25:23). Ese es el retorno que no dejan de señalarnos las Escrituras. Nada de aplausos ni de comparaciones, sino el visto bueno del Maestro, que de entrada había encomendado los recursos. La fidelidad es más silenciosa que el éxito. No siempre aparece en gráficos o titulares. En ocasiones, parece obediencia prolongada y constante en una misma dirección; en otras, moderación cuando podrías haber insistido más, y en tantas otras, parece dar sin llamar jamás la atención.

El siervo de la parábola de Jesús no fue elogiado por su brillantez, sino por su fidelidad, por hacer lo que se le pidió con aquello que se le dio. Eso modifica tu manera de pensar sobre el retorno de la inversión. El verdadero retorno no es el que recibes aquí. La cuestión es si tu vida está en línea con los propósitos de Dios, si tus decisiones reflejaron confianza en vez de temor y si administraste lo que te fue dado con integridad. He conocido a personas que tomaron decisiones sabias, crecieron de manera constante y vivieron con generosidad, pero nunca impresionaron según los criterios mundanos; también a otras que parecieron tener un éxito tremendo durante un tiempo y luego se derrumbaron en silencio bajo el peso de ese éxito. Solamente una de esas vidas termina en paz. La recompensa a la fidelidad no siempre es visible ahora. La disciplina que requiere puede resultar dolorosa a corto plazo. Eso es, en cierta medida, lo que la convierte en fidelidad. Tú avanzas sin necesidad de aprobación constante. Confías en que Dios ve lo que otros no, y algún día no necesitarás justificar nada. No necesitarás explicar tus decisiones. El Maestro lo sabrá, y cosecharás «justicia y paz» (Hb 12:11).

Tranquilidad económica: cómo hallar descanso en Dios, tu Proveedor

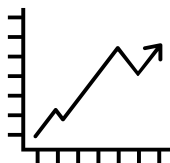
La mayor parte de la ansiedad por el dinero no tiene que ver con él, sino que es una cuestión de identidad. La gente se preocupa porque no sabe quién es sin sus números, sin su colchón y sin su sensación de control. Cuando la economía se siente inestable, eso no solo amenaza la comodidad: también amenaza el autoconocimiento. Las Escrituras no paran de devolvernos a un punto de referencia distinto: no eres lo que

INVERSIONES SABIAS

posees, ni lo que has acumulado, ni aquello que puedes asegurarte por ti mismo. Eres un hijo: hijo de Dios. La adopción lo cambia todo. El Espíritu de Dios nos permite clamar: ¡*Abba!* Los hijos no fingen que no hay peligro, pero tampoco cargan con todo el peso de la provisión. Eso es cosa del Padre.

Descansar en el Proveedor no supone ignorar facturas o responsabilidades, sino negarte a permitir que te definan, hacer tu trabajo honestamente y dormir por la noche porque crees que Dios continúa trabajando cuando tú no. «Como cristiano, ¿de qué modo puedo dejar de preocuparme por el dinero?» es una pregunta habitual. La respuesta rara vez consiste en un truco o en una fórmula: consiste en un cambio de fundamento. La preocupación se desvanece cuando la identidad se asienta. Cuando sabes a quién perteneces, el dinero pierde poder. Todavía es importante, pero no tiene ni la primera palabra ni la más alta. He conocido a personas con medios modestos que vivían en calma porque confiaban profundamente en Dios; en cambio, otras que vivían en la abundancia también lo hacían en constante tensión porque creían que todo dependía de ellas. La diferencia nunca radicó en su inteligencia, sino en dónde ponían su seguridad. El descanso no es algo que alcanzas una sola vez: vuelves a él reiteradamente, sobre todo cuando el mercado se mueve, los planes cambian y el futuro parece incierto. Descansar en el Proveedor es decidir creer siempre que Dios sabe lo que necesitas y no llega tarde.

Al fin y al cabo, la pregunta es simple: ¿qué seguirá importando cuando todo lo demás desaparezca? Las cuentas se cerrarán, los títulos caerán en el olvido y los activos pasarán a otro. Las Escrituras nunca consideran eso una tragedia, sino algo normal. Lo que perdura es la fidelidad, la generosidad, la confianza, la obediencia silenciosa que nadie vio, las decisiones tomadas con las manos abiertas que eran ilógicas sobre el papel, la firme convicción de que Dios bastaba. Esa es la riqueza que trasciende el mundo. No se envanece, no se hunde, no se desgasta y es para todo aquel que esté dispuesto a invertir en ella.



CONCLUSIÓN: MANOS ABIERTAS

Un día hablé con un hombre que lo había perdido casi todo; no de la noche a la mañana, sino lo bastante rápido como para que pareciera que el suelo cedía bajo sus pies. Un negocio que había tardado décadas en levantar se desmoronó en unos pocos meses de dificultad. Decisiones que antes parecían sólidas dejaron de ser útiles, los mercados cambiaron, la deuda se endureció, y las cifras que siempre le habían dado estabilidad pasaron a no significar nada de repente. No vino a hablarme de estrategia, sino porque ya no sabía quién era. Durante años, su sentido de la identidad estuvo ligado a su competencia, a proveer, a ser el que tenía las respuestas. Cuando eso se derrumbó, se sintió como si también se derrumbara algo más profundo. Me contó, en voz baja, que perder el dinero le dolió menos que perder la sensación de que él importaba.

Hablamos durante un buen rato: del miedo, de la vergüenza, del extraño silencio que se produce cuando las cosas en que confiabas dejan de responderte. En algún momento de esa conversación señaló algo que nunca he olvidado: «Creo que esta es, quizá, la primera vez que tengo las manos realmente abiertas». No quiso decir generosas; quiso decir vacías. Por primera vez en años, fue sincero ante Dios. No fue espectacular ni confiado, sino que estuvo presente. Oró sin teatralidad y pidió ayuda sin condiciones. Confió en Dios no porque las cosas fueran a funcionar, sino porque ya no le quedaba nada en qué apoyarse. Esa pérdida no lo salvó. Dios, sí. Sin embargo, la pérdida le quitó lo que fingía ser su salvación. Eso es vivir con las manos abiertas.

INVERSIONES SABIAS

Los frutos de la fidelidad

Las Escrituras nunca nos ordenan despreciar la riqueza, sino que no nos aferremos a ella. Nos recuerdan repetidamente que todo lo que tenemos en nuestras manos es temporal, que tanto la riqueza como la pobreza desaparecerán, que no puedes llevártela contigo; ni las cuentas, ni los títulos ni la seguridad que tanto te esforzaste en construir. No obstante, eso no significa que todo perezca. No puedes llevarte el dinero, pero sí hacer que te precedan los frutos de la fidelidad: la generosidad, la obediencia, la confianza, las decisiones en silencio que nadie aplaudió, pero que Dios vio. Esas cosas no desaparecen. No se evaporan cuando termina la vida. Son recopiladas, recordadas y contadas de otro modo. No te salvan. Son el fruto de tu relación con el Padre.

Abrir las manos no es vivir despreocupado, sino vivir honestamente, esforzarse sin adorar el trabajo, planificar con detenimiento sin fingir que controlas los resultados, proveer con fidelidad sin creer que todo depende de ti; saber cuándo dar, cuándo esperar, cuándo soltar. La mayordomía nunca tuvo por objetivo demostrar lo que vales. Se trataba de confiarle a Dios lo que pasó por tus manos durante un tiempo. Un día, todo pasa. No es una amenaza, es alivio. No tienes que cargar con ello para siempre.

Un llamado a la libertad

Donde quiera que estés ahora mismo, tómate un momento. Mírate las manos. ¿Qué estás sosteniendo con demasiada fuerza? ¿Qué te da miedo soltar? ¿Qué le pides al dinero que solamente Dios puede hacer? Esta guía no es un llamado a que temas la pérdida; te llama a esa libertad que llega cuando dejas de pedir que las cosas temporales te aporten seguridad eterna.

Oración final

Dios mío, Tú ves la obra de nuestras manos. Sabes lo que estamos construyendo y lo que nos da miedo perder. Enséñanos a manejar lo que nos das con humildad y valentía. Ayúdanos a trabajar fielmente sin poner nuestra confianza en el trabajo. Ayúdanos a proveer sin que ello nos asuste. Ayúdanos a dar sin miedo. Bendice nuestro trabajo. Protege a nuestra familia. Danos sabiduría en las decisiones y paz en la incertidumbre. Mantén nuestras manos abiertas y nuestro corazón firme.

GUÍA DE CAMPO

Y que, cuando todas las cuentas estén saldadas y todo el trabajo hecho, nos presentemos ante ti con gozo, sabedores de que confiamos más en ti que en aquello que pasó por nuestras manos. Amén.



El equipo de **CHRISTIAN LINGUA** es la agencia de traducción cristiana más grande del mundo y ofrece servicios de traducción y doblaje para proyectos de video, audio y medios en todo el mundo.

